

entrevistas, novelas, poesías, música... de manera ilimitada. De ahí, se deduce, la obligación que tienen dichas instituciones de practicar y enseñar una crítica cultural, unas humanidades, que permitan no sólo recibir pasivamente tales productos sino emplearlos con una función liberadora.

El aumento de la cultura y el descenso del analfabetismo es un motivo de optimismo para este autor, que considera que este peso cada vez mayor de la cultura —que no tiene parangón histórico— puede incidir en la realidad social de una manera que no somos todavía capaces de imaginar.

El “riesgo” de la teoría de Ferraris estriba en que, igual que de acuerdo con la lógica marxista más estricta apenas habría nada que recriminar al capitalista explotador —que actúa siguiendo la conciencia propia de su clase, que es la dominante— de acuerdo con su lógica y pese a esa apelación final a la cultura como mecanismo imperfecto de liberación, la responsabilidad individual en el devenir de las sociedades queda tan limitada que resulta casi imposible criticar a quien, aceptando como inevitable (determinada) esa sociedad emergida, decide no manifestarse como un ciudadano crítico o cuestionarse su propio papel en los problemas del mundo; toda vez que ese mundo ha emergido por la acción de fuerzas muy superiores a él y difícilmente manejables por la voluntad, la razón o la consciencia. De modo que la actitud del individuo, en la que Ferraris apenas entra en este, por lo demás, sólido e inteligente libro, apenas podrá ir más allá de cierto estoicismo lúcido.

Alberto Gómez Vaquero. Universidad Complutense de Madrid
albertogomezvaquero@gmail.com

FLAMARIQUE, LOURDES; CARBONELL, CLAUDIA (EDS.)

La larga sombra de lo religioso. Secularización y resignificaciones, Biblioteca Nueva, Madrid, 2017, 384 pp.

La larga sombra de lo religioso es una obra resultado de la compilación de diecinueve artículos que versan sobre temáticas filosóficas

y teológicas, estrechamente relacionadas entre sí como respuesta al fenómeno del retorno de lo religioso. En este horizonte temático, se puede vislumbrar, a través de la lectura de los diferentes trabajos, una serie de tensiones dicotómicas en constante movimiento dialéctico, entre las cuales cabe resaltar: secularización y resignificación de categorías teológicas desde el pensamiento filosófico, trascendencia e inmanencia como tránsito dentro del proceso de secularización, y lo sagrado frente a lo profano como manifestación simbólica del retorno de lo sacro.

Dentro las dicotomías que remiten expresamente a la compleja relación entre fe y razón, comparecen aproximaciones interpretativas desde diversas ramas filosóficas, como la fenomenología, la hermenéutica y la estética; corrientes filosóficas como el Romanticismo alemán y la Ilustración; periodos filosóficos como la Patrística y el medievo. Aunque, valga aclarar, no sólo aparece la filosofía en el escenario, pues también hay incursiones desde el análisis literario, la reflexión historiográfica y la contextualización política. Los protagonistas de estas exposiciones, sobre las posibilidades filosóficas dentro de la teología, van desde Platón, Aristóteles, san Pablo y san Agustín hasta filósofos contemporáneos como Heidegger, Lévinas, Agamben, Badiou y Žižek, pasando por autores clave, que tensaron al máximo la cuerda entre fe y razón, como Rousseau, Kant, Hegel, Schelling y Nietzsche.

Como se puede apreciar a primera vista, es evidente que la relación entre fe y razón es una cuestión transversal a todo el devenir histórico, integradora de diferentes lógicas, perspectivas y disciplinas del pensamiento; motivo por el cual resulta difícil establecer una línea divisoria que distinga lo propiamente filosófico de lo teológico. Y dicha línea se vuelve aún más borrosa si se tiene en cuenta que el término *teo-logía* está impregnado de logos, la misma palabra que, en un principio, constituyó el quehacer propiamente filosófico. Sobre el presupuesto inicial de la semejanza semántica entre los términos (filosofía y teología) se abre el camino de posibilidades por el que transiten tanto el rendimiento teológico de lo filosófico (patrística) como el rendimiento filosófico de lo teológico (modernidad).

En cuanto al estilo de la escritura, adviértase que los artículos que componen la obra son de amena lectura, siempre y cuando el lector tenga, por lo menos, una formación filosófica básica, pues allí aparecen conceptos técnicos clave, comprensibles a partir del discernimiento filosófico. Conviene indicar la presente variedad de estilos, dado que se trata de una compilación de artículos, cada uno escrito por un autor diferente; motivo por el cual algunos trabajos serán de más fácil lectura que otros; aunque esto también depende de la temática y los pensadores elegidos.

Puesto que se trata de una obra que aborda un campo teórico bastante extenso, tematizado e integrador de varias lógicas y disciplinas, esta se divide en dos partes. La primera se presenta bajo el dominio de la secularización y presenta trabajos dedicados a la indagación sobre cómo la filosofía se ha valido de categorías teológicas para el desarrollo teórico de sus propias posibilidades. De manera que si en los primeros siglos de nuestra era se hablaba de la filosofía como *ancilla theologiae*, a partir de la modernidad se invierte la relación y se habla de la teología como *ancilla philosophiae*; vista de este modo, la secularización se puede expresar, por lo menos, de dos maneras: como una *racionalización* y, por lo tanto, un despojo del significado dogmático de las diversas categorías teológicas; y como una *inmanentización* del carácter trascendente de las elaboraciones conceptuales teológicas. La segunda parte versa sobre los intentos de resignificación de los contenidos dogmáticos de las categorías teológicas, lo cual significa, a todas luces, que el pensamiento filosófico entra en diálogo con los contenidos de la fe, no desvirtuándolos o despojándolos del dogma, sino desplazándolos en atención a las propias posibilidades históricas y conceptuales de la filosofía; algo que, a mi juicio, resulta más complejo que el proceso de secularización, pues implica el esfuerzo filosófico constitutivo de una comprensión de contenidos dogmáticos que en la mayoría de los casos supera toda capacidad racional.

En lo relativo a los contenidos temáticos tratados en la presente obra, su naturaleza, como cabe esperar, difiere según pertenezca a la primera o segunda parte del libro. Así, en la primera parte, se pueden ver los esfuerzos racionales para una traducción inmanente del

pecado original (García Norro, Rovira y Teruel); una aproximación a las nociones de acontecimiento, kénosis y contingencia desde una reflexión eminentemente metafísica (García y Carbonell); un estudio de la figura de Nietzsche a partir de su pensamiento que acusa a un cristianismo mundanizado y que renuncia al cuerpo, el sexo y la vida (Llinàs y Fernández Gel); una dilucidación semántica sobre el temor de Dios por medio de la apelación a categorías filosóficas de corte existencial, las cuales están, de alguna manera, mediadas o influidas por el pensamiento religioso (Quevedo); un tratamiento conceptual sobre la relación entre la filosofía y la secularización, en donde destacan las diferencias entre la actitud religiosa y la actitud filosófica, y las maneras de resignificar los conceptos religiosos (Rodríguez); y un rastreo de dos figuras cristianas de la existencia (san Pablo y san Agustín) con el fin reconocer sus influencias en el desarrollo de la cultura y el pensamiento contemporáneo, manifestadas bajo la forma fundacional de la subjetividad y la interioridad (Flamarique).

En la segunda parte ya no se trata tanto de una traducción inmanente de las categorías teológicas como de una resignificación de lo religioso, en donde se puede ver cómo, a partir de la secularización de la cultura, surge un desplazamiento de lo sagrado que abre nuevos caminos para su comprensión contemporánea (González); una exploración, desde el análisis literario, de las posibilidades de retornos de lo sagrado en un sentido espacial, de la resignificación de los elementos cristianos desde la interpretación borgiana del concepto de eternidad, y de las significaciones de la relación trágica entre creador y criatura que, desde el ángulo narrativo, invitan a ver con los ojos de la criatura (Insausti, Zagal y Tajadura); la presentación de Heidegger que expone a un Nietzsche “purificador” de la fe desde la resignificación de la muerte de Dios (Rodríguez Valls); un intento de resignificación de la legitimidad metafísica del cristianismo en términos de identidad y reivindicación, en conformidad con la deconstrucción de lo sagrado efectuada por Girard (Llano y de Haro); y una incursión, desde la contextualización política, en la tensa relación entre religión y política, como debate teológico-político, y que cuestiona el carácter religioso del cristianismo; y en

las huellas orientales que, desde la resignificación del arte, contribuyeron a una mayor comprensión del fenómeno religioso en Europa (Carabante y Sánchez-Palencia Martí).

Para concluir, se debe decir que esta obra, por sus contenidos temáticos tan relevantes para el día de hoy, su riqueza teórica y su calidad intelectual, es una lectura más que apropiada y conveniente para todos aquellos que tengan inquietudes y muestren afecto por la compleja relación entre fe y razón, trascendencia e immanencia y secularización y resignificación.

Cristian Camilo López Lerma. Universidad de La Sabana
cristianlole@unisabana.edu.co

HERRERO, MONTSERRAT

La política revolucionaria de John Locke, Tecnos, Madrid, 239 pp.

Montserrat Herrero es una filósofa española acreditada en el estudio del pensamiento de Carl Schmitt y Hobbes, siendo ya de referencia su estudio crítico *Ficciones Políticas. El eco de Hobbes en el ocaso de la modernidad* (Katz, Madrid, 2012).

En la presente obra es el pensamiento político de John Locke lo que está en cuestión con el mismo carácter crítico al que nos tiene acostumbrados. En la presente monografía la autora dialoga no solo con los escritos de Locke, sino también con los exégetas de su pensamiento, particularmente con los anglosajones como es el caso de Quentin Skinner, John Dunn, Peter Laslett, John G. A. Pocock, James Tully, Richard Ashcraft, o Jeremy Waldron. Se echa en falta una importante obra de contextualización como es la de Steven Pincus, *1688: The first modern revolution* (Yale University Press, New Haven, 2009). En cualquier caso la autora está muy bien identificada con el contexto histórico de Locke, algo que no suele ser común en el tratamiento filosófico de la obra de los filósofos.

Tal como ya había hecho en relación con Hobbes, el diálogo con las fuentes y con los exegetas no es devoto. Algo digno de mención en cuanto que Locke es considerado uno de los padres del li-